

## EL SISTEMA TOMISTA COMO DECHADO DOCTRINAL (\*)

Las notas de aspiración a la totalidad, metódico y sistemático son diferenciales entre el conocimiento vulgar y el científico: no se encuentran en aquél y se encuentran en éste.

La aspiración a la totalidad: el vulgo se interesa por conocer tal o cual planta por creerla curativa o por motivos estéticos; por utilidad, en cuanto servían para orientarlos en sus navegaciones, atendían los fenicios a tales o cuales astros; el botánico y el astrónomo aspiran al conocimiento de la totalidad de los objetos de su género.

Mas la suma de todos los objetos de un género no es una totalidad cabal por el solo hecho de no faltar ninguno: ninguna pluralidad deviene totalidad sino en función de un principio unificante que conexe; de aquí la necesidad del método, voz compuesta de *μετά* y *ὁδός*; *ὁδός* camino y *μετά*, que en semejante composición no significa «hacia» como dicen muchos, sino idea de transformación, v. g., metáfora, metempsícosis; siendo, pues, el método la vía lógica al pasar por la cual los grupos inconexos de cosas y fenómenos se van transformando en serie (como tal, ordenada) de objetos científicos.

De tal aplicación del método va resultando el sistema, de *ὄν* juntamente y la raíz de *ἵστημι* colocar en pie, sistema que es comunión en la estabilidad lógica; que la firmeza de una tesis o teorema redunde en firmeza de las demás, que con el bamboleo de las capitales bamboleasen las otras: esa comunión de estabilidad lógica que diferencia las ciencias que lo son ya cumplidamente, por ejemplo la Geometría y la Lógica formal, de aquellas que no han llegado todavía a tal grado de perfección en su naturaleza de ciencia.

---

(\*) *Nota previa editorial.*—Ante la reciente muerte de ese gran maestro que fué PEDRO FONT PUIG, Catedrático de Psicología en la Universidad de Barcelona desde 1924 y fallecido en esta ciudad el 25 de mayo de 1959 (q. e. p. d.), mucho es lo que cabría reflexionar y escribir. Una doble semblanza general, en lo biográfico y en lo bibliográfico, se la dediqué ya en la Revista «Pro infancia y juventud» (números 64 y 66, correspondientes a julio-agosto y noviembre-diciembre de 1959). Y en el momento presente, cuando el dolor de su pérdida se ha acentuado, aún más si cabe que en los primeros instantes, por cuanto el transcurso del tiempo ha venido a visualizar progresivamente el enorme hueco resultante de su ausencia, lo más oportuno para honrar dignamente su memoria parece ser el meditar alguna de las profundas lecciones salidas de su pluma; por ejemplo, la contenida en los párrafos subsiguientes, donde manifiesta el ardor de su entusiasmo tomista, que de continuo inculcaba en nosotros los que fuimos sus discípulos. Por ello, en mi calidad de albacea suyo, he convenido la edición de estos párrafos con la Dirección de la Revista «Estudios Filosóficos», a la que manifiesto gusto y mi gratitud por las facilidades brindadas para esta publicación.—*Fermin de Urmeneta.*

Estas notas diferenciales del pensamiento científico se dieron en grado excelso en el pensamiento de Santo Tomás; por ello su obra es tan ejemplarmente científica.

Su interés enciclopédico se dirige a todos los géneros del ser, a todos los planos del pensar, a lo que es y a lo que se ha pensado, armonizando toda verdad por quienquiera que fuese enseñada, y así se erige su sistema amplísimo y uno de tesis unidas con la argamasa del método escolástico; en vano los cambios meteóricos de las estaciones o climas intelectuales produjeron resquebraaduras superficiales en lo extrínseco de este método; el conjunto de sus tesis por el propio peso de la molé de éstas y por ajustar éstas entre sí, se sostiene como las construcciones ciclópeas de aparejo poligonal; o pensad más bien en las catedrales góticas, hijas del mismo espíritu del siglo de Santo Tomás, hermanas de la «Summa Theologica», en las cuales la bóveda de crucería con sus consecuencias, a saber, con el cargo del peso sobre los puntos de concurso de los arcos cuyo empuje mengua con lo apuntado de los mismos, y con el arbotante, permite aminorar los muros laterales en los cuales pueden abrirse audaz e impunemente enormes ventanales por donde entren las luces de todos los siglos; el mismo factor psíquico en la Summa y en las catedrales góticas; el atrevimiento en la construcción, atrevimiento afortunado porque no olvida nunca y ama con amor constante las leyes eternas de la Lógica y de la Estática, y así la «Ratio divinae sapientiae» une en indisoluble matrimonio aquel atrevimiento con el equilibrio estático y como fruto de bendición nace, tanto en la «Summa» como en las catedrales, la forma a la vez sólida y esbelta.

Ocioso sería, pues, ponderar en qué grado Santo Tomás se nos impone como dechado; pero creo interesante y oportuno señalar los títulos por los cuales Santo Tomás merece especialmente imitación por parte de los hombres de ciencia españoles.

1.º La España imperial cuyos brazos, extendidos sobre océanos, están hechos a servir de cingulo al mundo, adecuado y justo es que tenga en predilección figura como la de Santo Tomás, que es tan universal y perenne que, en toda patria, se le puede llamar compatricio y, en todo siglo, contemporáneo.

2.º Por fidelidad a nuestra tradición y por gratitud a la gloria con que el tomismo nos agració. Tradición tomista nunca interrumpida en España, tradición tomista española benemérita en la cultura universal y del mismo tomismo universal no sólo por la excelencia de muchas de sus figuras sino también por la ejemplar manera como fueron tomistas, siguiendo a Santo Tomás en lo fundamental, imitándolo en incorporar nuevos conocimientos y corrientes al sistema, sin prestar al magisterio del Santo Doctor en todos sus detalles adhesión tal como Santo Tomás únicamente para el magisterio de la Iglesia la quería, porque la inmovilidad absoluta no conviene a otra palabra que a la de Dios.

En el siglo XV Raimundo de Sabunde y Alfonso Tostado, admitiendo el primero el argumento ontológico, y estableciendo el se-

gundo una distinción de razón y no real entre el entendimiento agente y el posible.

En el siglo XVI la serena mente de Vitoria, que resistiendo a las corrientes encauzadas por roquedas que la sedimentación de barbarie y errores formó, atierra con su vuelo las murallas de los siglos a la vez que impregna del divino polen de los principios eternos de justicia y misericordia las flores más delicadas del sentimiento de fraternidad y de tierno amor entre los hombres y los pueblos, elaborando aquella doctrina de Derecho Internacional, cuyo cabal cumplimiento está todavía en la región de la idea, aquella doctrina hija natural y legítima de España cuyo suelo es osamenta de héroes que en su mayoría albergaron dentro de la reciedumbre de sus pechos de acero un corazón pródigo de generosidad para el vencido y de piedad para el desgraciado. En aquel siglo aquellos lumináres españoles del Concilio de Trento: Domingo Soto, que extinguidas ya las monarquías patrimoniales, pero en sus albores las absolutas, fija con precisión tomista la distinción entre el «*dominium*» y el «*jus*» de la autoridad: «*in proprium commodum*» el primero, «*in subditorum rem et bonum*» el segundo; Melchor Cano, para quien Santo Tomás es «*maximus gravissimusque theologus atque philosophus*», diciendo «*tanti divi Thomae sententiam esse faciendam ut si potior alia ratio non succurreret, sanctissimi et doctissimi vini satis nobis esset auctoritas*»; y Cardillo de Villalpando, que confirma con su estudio de humanista del texto de Aristóteles la interpretación tomista de que éste profesaba la inmortalidad del alma. En el mismo siglo Gabriel Vázquez, discrepando de Santo Tomás en la naturaleza de la distinción entre esencia y existencia en los seres finitos, en el concepto de unidad trascendental y en la apreciación de la prueba ontológica.

En el mismo siglo XVI, y más todavía en los comienzos del XVII, Francisco Suárez, cuyas divergencias de Santo Tomás en los puntos particulares del conocimiento intelectual de los singulares, de la distinción entre esencia y existencia en los seres infinitos y del concurso divino no obstan para que sea ante el mundo el glorioso portaestandarte español del tomismo; y más entrado el siglo XVII, Rodrigo Arriaga, que relacionando en la cuestión de la naturaleza de los cuerpos la doctrina cartesiana con la escolástica, afirma como probable lo que varias doctrinas físicas contemporáneas dicen en otros términos.

En el siglo XIX, Balmes debe a su recia formación tomista aquel espíritu de aprovechar cuanto de aceptable hay en diversas direcciones del pensamiento, en el cartesiano, en el armonismo dinámico de Leibniz y en el empirismo ideológico de la escuela escocesa, mas a la vez le debe también que ese espíritu no le desviase hacia ninguno de los errores capitales de tales escuelas. Antonio Comellas, Ortí Lara, Pidal y Mon y Monescillo, la docta enseñanza de Llorens Barba, quien dentro de los cauces de la escuela escocesa, cuando más avanzaba en años y en saber, más concordaba con el tomismo, etc., dejando sin nombrar, «*olim nominabuntur*», a aquellos tomistas españoles con quienes tuvimos relación personal o que todavía viven.

No quiero dejar de mencionar a quien a mi juicio es, después de Balmes, la mente más poderosa entre los filósofos ortodoxos españoles del siglo XIX, cuyo nombre me recuerda siempre aquel dormir del numen de la gloria sobre la tumba, que decía Menéndez Pelayo respecto de la del poeta Cabanyes: me refiero a Francisco Pindado. Lectoral de Avila, el de aguda crítica del criticismo, merecedor de excepcional mención por su teoría sobre la génesis de las ideas, su doctrina filosófica sobre la Aritmética, la Geometría, la Mecánica y sus leyes, y la conformidad de las deducciones de estas ciencias con el orden de la experiencia y renovador de la prueba ontológica.

3.º Hay en la cultura española un valor excepcionalmente indiscutido: el de su Mística; aquella Mística que como fuente de agua viva manó del hondón del alma española y dió saltos para la vida eterna, aleando sus estrofas angélicamente «en el silbo de los aires amorosos» hasta henchirse de la musicalidad inefable del amor divino, pero sin que ni su audacia ni su regalo la precipitasen en las simas del quietismo o del ontologismo; teniendo con ello una autoridad y seguridad no alcanzadas por la Mística de otras culturas. Ahora bien: razona el mismo alemán Grabmann que la superioridad de la Mística española del siglo XVI sobre la alemana de la Edad Media es debido a que la española se funda más directamente sobre Santo Tomás.

4.º Santo Tomás compuso el oficio para la fiesta del Corpus. España no sólo es la nación donde, desde que se instituyó dicha fiesta se celebró con inusitada solemnidad, sino que ya en el siglo XIV se celebraron en Gerona espectáculos dramáticos en dicho día en honor de la Sagrada Eucaristía; extendióse luego la representación de autos sacramentales a Barcelona y a toda España, unidos todos sus Reinos en la devoción y en esta forma de devoción al Santísimo Sacramento. Pero cuando en reparación y en bella protesta española contra la negación de la Presencia real en el Sacramento, los autos sacramentales se desarrollaron y perfeccionaron más y más, cuando Santo Tomás vió entonces desde su trono de Gloria la guirnalda de los autos sacramentales de los mejores ingenios españoles, Lope de Vega y Calderón, adornando la santa Custodia de la Hostia divina, ¡con cuánto gozo debió de cantar contemplando aquella guirnalda española y enviándola un beso de amor, gratitud y compañerismo de su alma de poeta del Santísimo Sacramento, su

«Sacris solemnibus  
Juncta sint gaudia,  
Et ex praecordiis  
Sonent praeconia»!

5.º Desde mediados del siglo XII, España era mirada por la cultura occidental con recelo; París y Oxford tenían por sospechosas de herejía las obras que de España les llegaban; y el temido foco estaba en Toledo; con la conquista de esta ciudad por Alfonso VI y el Colegio de Traductores, la filosofía cristiana de Occidente se

pone en relación con la filosofía árabe y la judía y con la griega, pero con ésta también a través de los árabes. Gerardo de Cremona, Hermán el Dálmata, Miguel Escoto, van extendiendo por Europa aquellas traducciones: el libro *De causis*, traducción de Στοιχειώσις Θεολογική de Proclo, influye poderosamente en los errores de Amaury de Chartres y David de Dinant; el evorroísmo extiende, presentándola como de Aristóteles, la doctrina contraria a la inmortalidad del alma y a la Providencia de Dios; y el Cardenal legado Roberto de Courçon en los estatutos que dió en 1215 a la Universidad de París: «Non legantur—dice—libri Aristotelis de Metaphysica et de naturali Philosophia nec summae de eisdem aut de doctrina magistri David de Dinant aut Amarilci haeretici aut Mauricii Hispani». Recordad la frase de Elinando: «Los clérigos van a París a estudiar las artes liberales, a Bolonia los Códigos, a Salerno los medicamentos, a Toledo los diablos». «¡ Los diablos! Toledo...! Toledo, la capital donde, ya en la época de las persecuciones romanas contra el cristianismo, la virgen santa Leocadia, al ser llevada a la cárcel, con sereno y alegre semblante dice a los que le seguían llorando—llorando como valientes, porque valentía era seguir llorando a quien por cristiana era llevada a la cárcel—: «Ea, soldados de Cristo, no os entristezcáis, antes holgáos y dadme el parabién, pues Dios me ha hecho digna de que perezca por la confesión de su Nombre»; Toledo, la Ciudad de los Concilios y de las leyes visigóticas, allí donde en el Concilio presidido por San Leandro se establece la unidad católica de España; la Ciudad que tuvo en su seno a la universal figura de San Isidoro presidiendo el Concilio IV, tan fecundo en sabias y justas normas; que en el siglo VII tiene a aquellos tres gloriosos varones: San Eugenio, cuyo tratado *De Sancta Trinitate* anula los de Africa y Oriente sobre el mismo dogma; San Ildefonso, el defensor «de la perpetua virginidad de Santa María» contra las herejías de Helvidio y Joviniano y cualesquiera que en lo futuro lo negasen; y San Julián, cuyo *Prognosticon futuri saeculi* es el más autorizado tratado teológico escrito hasta entonces sobre la vida de ultratumba por utilizar doctamente como fuentes, además de las Sagradas Escrituras, a San Gregorio Magno, San Agustín, San Cipriano, San Juan Crisóstomo y San Jerónimo, cuyo *Antikeimenon* es uno de los más luminosos guías de la Hermenéutica.

Toledo, la que había sido nuestra metrópoli de docta y pura teología, era mirada como foco de heterodoxia y perversión de doctrina filosófica.

Santo Tomás fué quien al incorporar la filosofía cristiana cuanto en la doctrina de Aristóteles había de compatible con ella, y aun aprovechar doctrinas de árabes y judíos, especialmente de Maimónides, y levantar con las doctrinas de los Santos Padres y con estas otras llegadas a conocimiento del Occidente cristiano por la vía del Colegio de Traductores de Toledo, el alcázar donde resiste a través de los siglos la más pura ortodoxia, mostró que aquella labor de traducciones y difusión de obras de la antigüedad griega y de la cultura semítica que tuvo lugar en España, y en especial en Toledo, si

difundió algunos errores que como tales con pocos siglos envejecieron, compensó más que sobradamente este inconveniente con su poderosa aportación a la defensa y estructuración sistemática, amplia y universal de la verdad que no envejece.

A los hombres de ciencia españoles nos incumbe, pues, un especial deber de imitar a Santo Tomás. Pero no es imitación suficientemente fecunda ni resulta siempre oportuno con los cambios que traen los tiempos, hacer las cosas a semejanza de la obra hecha por el modelo. Como en Arte la fecunda manera de imitar la Naturaleza no consiste en reproducir artísticamente los productos naturales, sino en imitar la energía natural productora, así en la Ciencia hay que imitar comulgando en la misma energía que fué el factor operante del dechado.

Y en Santo Tomás fué el amor a la Verdad, que es amor a Dios, amor que es principio de progresivo devenir porque sumerge en el seno del Principio supremo del indefinido proceso de los cambios; amor que es a la vez principio de paz y serenidad porque nos sumerge en el Inmutable; amor que hace buscar e ilumina para encontrar en toda concepción doctrinal, sea la que sea, aquel elemento de verdad sin el cual, en virtud de la convertibilidad entre ser y verdad, no sería amor que es energía unificante que sintetiza en armónico sistema la verdad que fluye a chorros de las fuentes más puras, con aquellos elementos de verdad que se encuentran en las otras concepciones.

Fué Santo Tomás un alma ardiente, como pocas, de amor de Dios; gozó de elevadísimos y sobrenaturales estados de oración; mas su vida interior y mística no la saca a luz en sus obras doctrinales; diríase una fría razón que argumenta sin otro impulso que el de la fuerza lógica; pero no solamente en sus himnos, sino aun en sus oraciones en prosa descubre, a quien sabe leer, la manera de los latidos de su corazón amantísimo, señalada por el ritmo de aquella misma prosa; así, por ejemplo, en su oración ante el Santísimo Sacramento y en su oración para antes del estudio. El ritmo de los latidos de su corazón engendra ritmo en su prosa, fluidez, sonoridad y cadencia, a trechos consonante, consonancia que, como no buscada de propósito, no esclaviza ni fuerza a unidad ficticia, no es molde en que el sentimiento violentado se encoja, sino naturalidad, pero una naturalidad impregnada del sentimiento de lo sobrenatural que feria con dote de unidad y continuidad rítmica y métrica, unidad y continuidad trasunto poético respectivamente de la Simplicidad y la Inmutabilidad divina.

Amemos a Dios, y en Dios aquello de verdad y ser que se encuentre doquier; así seremos hombres de ciencia y maestros fecundos, fecundos no sólo en nuestros estudios de investigación, en nuestros tratados y en esta o aquella disertación magistral, sino aun en lo más cotidiano, en aquello en que año tras año nos debemos repetir.

Todo aquello que se repite, o degenera en rutina o se eleva a la dignidad de ritmo. Santo Tomás nos da una sublime lección práctica de cómo es el amor que eleva a la dignidad de ritmo lo que se repite.